

Trabajar con mujeres indígenas es ser tejedora de mundos



AL PRESENTARSE A SÍ MISMA como colombiana, negra, antropóloga, mamá, activista y militante, Lina Rosa Berrío Palomo* expone sus ideas sobre los feminismos en entrevista realizada para *INTERdisciplina* por Patricia Castañeda. En la actualidad, la doctora Berrío está realizando un posdoctorado en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social y desde hace muchos años participa en la asociación civil K'in al Antzetik (Tierra de Mujeres).¹

La vinculación entre la academia y el activismo se ha dado caminando de la mano

177

Mi vida se divide de diversas maneras, pero una división clara es antes de México y en México. Un hilo conductor entre ambos momentos ha sido moverme entre la investigación y el activismo. Aprendí a leer muy chiquita y desde que tengo memoria me recuerdo leyendo. Fui la hija mayor en mi familia y durante mucho tiempo estuve sola, generalmente leyendo y estudiando, y entre adultos que iban a la universidad: mis papás, mis tías, etcétera. Entonces una veta fue la intensidad en la lectura y estar en el ámbito de la educación; pero desde que tenía 18 años empecé a militar en el movimiento estudiantil en Colombia. Era la época de los noventa, en un contexto de guerra muy compleja después de unos aparentes acuerdos de paz. Estudiaba dos carreras al mismo tiempo y además militaba en el movimiento estudiantil y, a partir de esto, en acciones más de carácter político. Pero fue en México donde me descubrí trabajando con mujeres

* Integrante de Kinal Antzetik, Distrito Federal. **Correo electrónico:** linaberrio@gmail.com
 1 El nombre K'in al Antzetik en la lengua maya tzeltal quiere decir Tierra de Mujeres. Tal nombre indica tanto la composición como los fines de la asociación civil, es decir, se trata de un organismo de mujeres sin fines de lucro que trabaja con y para mujeres indígenas de la región de los Altos de Chiapas, principalmente, y en otros estados del país como son Oaxaca, Guerrero, Michoacán, Jalisco, Puebla, Hidalgo, Querétaro. "Nuestro objetivo es transformar las relaciones de discriminación entre los géneros con miras a la construcción de la justicia social, la democracia y la autonomía. Esto lo hacemos mediante el análisis, la reflexión, la formación y la capacitación, así como la formulación de propuestas en los diversos ámbitos de la acción organizada de las mujeres indígenas a nivel nacional, local, comunitario y regional".

indígenas, que ha sido mi actividad desde hace muchos años. Antes de venir a México a realizar la maestría mi experiencia era muy distinta y mi proyecto de investigación era otro: me interesaba estudiar la construcción de sujetos políticos del movimiento sindical y del movimiento indígena en Colombia. Llegué en 2001, en plena efervescencia del zapatismo. En Nurio, Michoacán, asistí a una Mesa de mujeres indígenas de la cual yo no entendí absolutamente nada. Me parecían asombrosas, pero decía: “¿de qué están hablando estas mujeres? No entiendo nada”. Era como descolocarme muy fuerte de mi propia realidad y al mismo tiempo como un impulso a querer entender qué es lo que está pasando allí. Entonces me dediqué a continuar haciendo la labor de acompañar procesos, al principio elaborando las relatorías, cuidando los niños, ese tipo de cosas, y poco a poco mucho más metida en las discusiones.

Este proceso de vinculación entre la academia y el activismo se ha dado caminando de la mano; siento que no podría hacer la una sin lo otro. Además es un privilegio. Es una tarea muy compleja porque hay exigencias enormes de ambos lados; a veces existe la sensación de estar dividida o de ser descalificada en los dos ámbitos. Cada uno tiene su propia lógica. Pero esto me ha dado la oportunidad de ir a la acción y, al mismo tiempo, la posibilidad de reflexionar sobre esa acción, estar construyendo en lo cotidiano, en la práctica, con las organizaciones, con los grupos. Es algo que me parece vital y que me gusta hacer. Disfruto muchísimo dar talleres, estar en eventos, intentar poner en palabras simples cosas que pueden ser más complejas. Además me siento profundamente antropológica en el sentido de poder ver las cosas sutiles, las diferencias, de prestar atención a estos detalles, de hacer etnografía todo el tiempo aunque no la estés llamando por ese nombre, y de vivir en la diferencia. Me siento un poco como tejedora de mundos, no sé si esa podría ser una buena metáfora, pero es como cuando estás transitando entre uno y otro, intentando hacer puentes permanentemente, a veces los puentes son más sólidos, a veces se rompen y a veces tú misma te pierdes en esto de hacer puentes.

Todas las que estamos en este canal en algunas ocasiones perdemos la distancia, en el sentido de que a veces hay cosas que no puedes ver porque estás tan metida y estás construyendo. En algunos momentos decides ponerte una cachucha u otra. Creo que en la vida cotidiana la cachucha más fuerte es la de activista.

Para mí el feminismo, como la izquierda, es una posibilidad de transformar realidades. Yo creo que por ahí está el latido vital; dicho en la lógica marxista: no basta con conocer la realidad, sino que hay que transformarla. Finalmente a lo que apostamos es a cambiar cosas, lo cual tiene que ver con realidades complejas, con discusión de políticas públicas o con discusión de asuntos estructurales, pero también con cambiar cosas mucho más sutiles, pero potenciadoras, como

las personas, es decir, cuando yo doy clase y puedo discutir con una estudiante o un estudiante ciertas cosas y decir: “mira esto que no has visto. ¿Por qué no le entras a tu proyecto por este lado?” y la gente puede como abrir mundo y encontrar otras vetas, o sentir también que hay acompañamiento, yo siento que la academia es un ámbito súper rudo y que para muchas personas la lógica sigue siendo la letra con sangre entra. Entonces, para que tú te formes como verdadera investigadora o investigador tienes que sufrirla. Y hay procesos muy vitales que se mueven cuando uno hace investigación y a veces estás súper sola en esa reflexión y en ese quiebre también.

Para mí, la experiencia tanto en la maestría como en el doctorado no solamente ha sido un crecimiento académico, sino también una transformación vital. Pero muchas de las respuestas están afuera de la academia, están en la posibilidad de construir en colectivo con otras personas. Creo que la apuesta feminista tiene que ver con cómo construimos en colectivo más allá de estos espacios, que a veces terminan siendo tan formales, y en la posibilidad de ver las transformaciones concretas en la vida de las personas. Yo estudio temas de salud y una cosa es hacer un análisis epidemiológico, ¡los datos!, etcétera, y otra es pelearte en la vida cotidiana para que a esta mujer la atiendan en este momento porque lo necesita, y enfrentarte con las situaciones de racismo y demás. Y en este caso sí necesitas las herramientas también del activismo. Entonces, es una combinación que a mí me parece muy potenciadora, con las limitaciones también de que de repente la gente no te cree mucho. Tiene que ver con esto de la autoridad que te ganas. Gente que me conoce en el activismo me dice: “así que tú eres académica”. Me ha pasado muchísimas veces. O que desde la academia se descalifique este trabajo más de intervención. Pero es algo que no podría dejar de hacer: academia sin activismo... ¡qué aburrido! y activismo sin posibilidad de reflexión crítica.

Tenemos que hablar de feminismos en plural

Tenemos que hablar de feminismos en plural; muchísimos, diversos, cada vez más. Esto tiene que ver con una explosión de muchas cosas. Tiene que ver con el momento político, con los elementos clave que han ido marcando ciertas generaciones y cómo estas transiciones implican diversificación también de experiencias vitales, de pensamientos, de posicionamientos políticos, etcétera. Entonces tendríamos que hablar de feminismos en plural sabiendo todas las tensiones que hay al interior de estos feminismos, sabiendo también las descalificaciones que a veces hay entre las diferentes corrientes; pero son caminos que cada quien recorre y son apuestas vitales y todas son, desde mi perspectiva, necesarias. Es decir, una es la ruta. Pienso en el movimiento urbano popular

y en este feminismo más de la calle, como pienso en el feminismo más académico, construyendo cosas...

Ahora recuerdo a Tania [Pérez Bustos], que decía “claro, muchas de nosotras nos hemos formado como feministas en la academia” y pienso que lo que pasa es que cada espacio te da perspectivas muy distintas y lentes para ver la realidad. Entonces, creo que si tú te has formado como feminista académica y ése ha sido tu camino, allí tienes una serie de fortalezas enormes, pero quizás una gran dificultad para conectarte con otras cosas del mundo real, es decir, del mundo de las necesidades de la gente en lo cotidiano o para este trabajo de militancia que cada vez es menos frecuente. Pienso en feminismos diversos en torno a estas intersecciones, en estos procesos de racialización y cómo cada quien se ubica en uno o en otro... y en los tránsitos.

Ante la pregunta de si me coloco en un feminismo o en varios feminismos, puedo decir que nunca me lo he planteado así. No podría. Yo me llamo feminista de izquierda de entrada. Y de ahí en adelante tengo coincidencias con muchas miradas y perspectivas. Comparto la necesidad de pensar desde la academia y en ese sentido podría decir “claro, desde el feminismo académico yo recojo este tipo de legados, de herramientas teóricas, metodológicas para comprender la realidad, para ayudar a pensarla, para deconstruirla, etcétera”. Pero recojo todo el cuestionamiento del feminismo negro y de los feminismos de color o los feminismos indígenas, que están también cuestionando toda una serie de órdenes asociadas a ciertas condiciones de etnicidad, racialidad, etcétera... Y algunas me dirían que estoy en el feminismo institucional porque le apuesto a que el Estado tiene que hacer transformaciones y que hay que estar en las instituciones moviéndole y que puede que no a todas nos guste estar allí, pero que quienes estén está súper bien y hay que acompañarlas y apoyar esos procesos y aprovechar las grietas que se abren dentro del sistema en ocasiones.

Asumirnos como sujetas transformadoras, punto de encuentro entre distintos feminismos

¿Cuáles serían algunos puntos de encuentro entre distintos feminismos? Para el caso de México en particular todo está atravesado por una serie de transformaciones políticas muy importantes; allí hay una serie de confluencias respecto a: “bueno y ¿qué tipo de país queremos, soñamos y construimos? Tanto de quienes han estado por décadas en la pelea por abrir espacios de mayor nivel de democratización de la vida cotidiana, como de quienes han tenido la posibilidad de participar en esta aparente transición o de quienes son feministas jóvenes y han llegado cuando ya nada de eso existía y es otro contexto, pero luego ves los retrocesos. También está muy marcado por la historia política de México. Y allí me parece que

hay un punto de encuentro en la perspectiva de cómo transformamos este país; y cómo las mujeres nos vemos en ese nuevo país. Es decir, cómo nos asumimos como sujetas de derecho, como sujetas colectivas, cómo avanzamos en una agenda y esa agenda se concreta de diferentes maneras: por quienes están por la mirada más legislativa, institucional, de construcción de marcos jurídicos; por aquellas que están más en lo barrial, en la calle, en el arte; como por aquellas que están construyendo en el campo y aquellas que están abriendo espacios en la academia. Me parece que un punto de encuentro es cómo nos asumimos como sujetas transformadoras de esta realidad en los diferentes espacios en los cuales nos encontramos. Este país es complejo. Otro punto de encuentro es, desde mi perspectiva, un nivel cada vez mayor de reconocimiento de esas diferencias.

Respecto a las tensiones, creo que en la historia del feminismo se pueden ubicar momentos de clara tensión fuerte. Pienso en las feministas institucionales y las radicales, y creo que sin que esas tensiones hayan desaparecido, hay cada vez más un reconocimiento de las otras y de la necesidad de que existan todas estas visiones y de que cada quien le vaya haciendo como pueda en el camino que ha escogido; así como de pensar en relaciones de solidaridad más allá de la corriente en la cual estás, y en plantear este tema de las relaciones afectivas, de cuidado, de cariño, etcétera, en momentos vitales. Creo que esto nos permite encontrarnos a pesar de las diferencias incluso generacionales. Para mí es una línea de correaje muy interesante, de cómo se van haciendo estas transiciones. Desde mi perspectiva es importante un reconocimiento a las genealogías feministas, de decir “a ver, puede que no comparta, pero reconozco que tú llegaste antes y abriste brecha aquí, no te tocó fácil e hiciste esto y esto aquí y ahora hacemos lo que podemos y vamos para adelante”. Y en el mismo sentido al revés, es decir, cómo abrimos espacios para las jóvenes, las que vienen, las medianas, las que se la están jugando.

Creo que otro punto de encuentro es la vida cotidiana y esos asuntos que nos atraviesan: las maternidades, los amores, las separaciones, las crisis, lo que significa abrirse espacio en un mundo súper patriarcal, y resolver cosas donde las redes son fundamentales y esa es una experiencia que, desde mi perspectiva, todas hemos vivido, independientemente de si eres obrera y tienes que ver cómo resuelves la guardería o si estás en la academia y viendo cómo le haces para que alguien te cuide a los hijos. Entonces, a lo mejor es una mirada muy optimista o muy romántica, pero para mí es la posibilidad de construir esos reconocimientos desde lo profundamente importante que son los afectos. Y de ahí para adelante nos damos palos, o sea de ahí para adelante podemos discutir categorías, opciones o tomar distancia o abiertamente irnos “lanza en ristre” contra aquello que consideramos que no deberían hacer las compañeras, etcétera. Pero sí pienso que en general hay un momento de reconocimiento.

El feminismo indígena y el feminismo negro obligan a ver con otros ojos las mismas realidades

Las aportaciones del feminismo indígena y del feminismo negro en México son muchísimas y la brecha no está abierta del todo. Creo que han sido discursos que han llegado a ser desestabilizadores de un orden de clase. En general el feminismo histórico en México ha sido un feminismo... pues muy blanco, clase-mediero ilustrado, que le costaba, y que, en todo caso, podía ver las tensiones asociadas a la clase y a las condiciones económicas desde un discurso de izquierda. Muchas seguían teniendo una mirada muy paternalista o muy de desconocimiento o muy hegemónica en el sentido de no cuestionarse ni siquiera su lugar; en muchos espacios sigue siendo así porque hay privilegios epistemológicos, porque hay privilegios en términos de estatus, de lugar, de moverte de tu lugar de confort para abrir espacio para otras y porque además pienso que el movimiento indígena le planteó en general una serie de debates a la izquierda y al feminismo en México, en términos de decir “a ver, no sólo el Estado no me ha incluido, tampoco ustedes”. No sólo en México, en América Latina en general. Y, si no nos han incluido; entonces ¿pues qué onda? Aquí vamos.

O este famoso debate en torno a los usos y costumbres: ¿qué sí reconozco? Como el tema del relativismo y el derecho a la diversidad, ¿qué significa reconocer estas diferencias?, ¿legitimar un orden patriarcal que genera violencia contra las mujeres? Me parece que allí ha sido súper interesante el planteamiento de las compañeras. Es un discurso que se viene tejiendo hace más de 20 años, abriendo espacios en las organizaciones, en el movimiento, tratando de ganar la voz propia, de decir “esto es lo que yo estoy planteando”, ahora en otra veta que consiste en tener intelectuales indígenas feministas que están cuestionando no solamente desde la experiencia, sino también desde otras aproximaciones epistemológicas, políticas, etcétera; por ejemplo, todo el planteamiento frente a la descolonización. ¿Cómo nos ajustamos allí y cuál es mi lugar con las complejidades de un país que no se asume racista? Donde “todos somos mestizos” con un discurso del mestizaje muy fuerte que hace aún más difícil ver estas diferencias, las cuales quizás eran mucho más claras en el caso de Estados Unidos donde las feministas negras estaban planteando cosas que eran realmente muy evidentes porque había diferencias substanciales y que, en este caso, de repente quedan como matizadas. Creo que por allí están buena parte de los aportes centrales. Desde mi perspectiva, el movimiento de mujeres indígenas, independientemente de si se asume feminista o no, ha venido construyendo un discurso que desestabiliza el orden de género al interior del movimiento indígena y que desestabiliza la mirada frente a los pueblos indígenas al interior del movimiento feminista, y entonces obliga a ver con otros ojos las mismas realidades. Esto es interesante porque es muy particular de México: ¿cómo las alianzas se van

tejiendo entre un sector de las académicas y un sector del movimiento indígena? No ocurre así en la mayoría de países de América Latina; donde hay una gran disociación entre unos y otros, y me parece que aquí ha habido un diálogo sumamente productivo para ambos. Las compañeras se han nutrido mucho de estos discursos, de estos debates y han ido procesando y construyendo categorías propias y maneras de asumirse: algunas son feministas y no lo dicen, y otras dicen “sí, soy feminista y me la juego”. Hay muchas estrategias. Pero también ha permitido que las aliadas dentro del feminismo académico abran espacios dentro de la propia academia para ir viendo estos asuntos. Entonces me parece que es muy particular de México y muy potenciador, muy potenciador en el sentido de pensar nuevas formas de construir y de tejer alianzas, que en otros países han estado más mediadas por la guerra, por ejemplo, como las alianzas en Guatemala o en Colombia. En muchos de los países que han vivido guerras fuertes han estado mediadas por “a ver, aquí cómo le hacemos frente todas al conflicto armado”. Esto pone al centro la defensa de la vida, más que otras discusiones. Además las alianzas han sido más dentro de los propios movimientos: indígena, obrero, de mujeres, etcétera, y no necesariamente con la academia. Entonces, creo que eso también posibilita una producción y una deconstrucción interesante que aporta al resto de América Latina.

Al interior del movimiento afro las mujeres siguen siendo totalmente marginales

El feminismo negro sigue siendo muy marginal en México y tiene que ver con la configuración del país y la manera como nos pensamos como tal. En general hay una enorme invisibilización de la población afro en este país. Yo creo que esa es una de las grandes deudas, y creo que además son muy recientes las apelaciones que viene haciendo el propio movimiento de mujeres indígenas a incorporar mujeres afro en su discusión. Creo que al interior del movimiento afro las mujeres siguen siendo totalmente marginales y creo que en general el diálogo entre la academia y el movimiento afro es más de orden histórico y no tanto de “a ver, cómo nos pensamos el hoy y cómo estas categorías nos pueden permitir pensar nuestra propia realidad”. Pienso que ha hecho resonancia obviamente en países con mayor población negra, tales como Brasil, Colombia, o en las Antillas; allí hay más feministas negras con un discurso muy potente abordando estas construcciones teóricas y desde ahí interpelando la realidad; me parece que no es así en México.

Entonces, tienes por un lado un país que no se piensa con población afro, tienes una academia que en general aborda poco el tema afro y tienes, por otro lado, liderazgos muy incipientes desde las propias mujeres que estén interpe-

lando allí; entonces me parece que eso hace que tenga poca resonancia y que se utiliza más como la discusión teórica, decir: “sí, claro el feminismo negro en Estados Unidos dijo... y la interseccionalidad, etcétera”, pero no como algo que te interpela en la vida cotidiana...

Creo que así como ha significado un camino largo que tengamos hoy un grupo importante de intelectuales indígenas, de mujeres indígenas en la academia, construyendo pensamiento propio, también es un camino que necesitamos recorrer e implica un tiempo. Yo viví en El Salvador y en Bahía donde la vitalidad de la discusión frente al tema afro no pasa por lo teórico, pasa por la vida cotidiana; por estas barreras de acceso a la educación superior, los espacios que se abren también se empiezan a potenciar para trabajar sobre estas realidades que están allí de manera muy latente. Y me parece que aquí no es así. Recientemente teníamos una discusión frente a acciones afirmativas en el ámbito de la educación superior, justamente a propósito de la red, yo les decía: “a ver, pero esto es una red sobre racismo o contra el racismo súper blanco. ¿Dónde están aquí las personas que pudieran hablar también desde su propia experiencia?”. Claro, no están en la red, pero es que no están tampoco en la educación superior. Son espacios muy cerrados, no tenemos ninguna política de acción afirmativa como la tienen otros países, no tenemos ninguna política intencionada de incorporar, de abrir, etcétera. Justamente se generan estos vacíos fuertes. Entonces, pienso que seguimos pensando interseccionalidad en la lógica de indígenas, más que en la construcción de lo interseccional con todo lo que eso implica: que las discusiones sobre interculturalidad en este país tienen que ver con población indígena, no con diversidad, y que en este camino hay un montón de sectores que se están quedando por fuera, como los migrantes y la misma población afro.

Cuando pienso en migrantes no pienso en la migración necesariamente de los que se suben en “La Bestia” y van de camino a Estados Unidos: pienso que muchas de nosotras somos migrantes en este país y que curiosamente hay una tradición histórica de nutrirse de estas experiencias de otros lados, pero que en la vida cotidiana tampoco se reconocen, entonces tenemos poca información; seguimos pensando un país muy homogéneo que en la práctica no lo es. Incluso el propio movimiento feminista muchas veces sigue pensando en las mujeres mexicanas como un sujeto muy homogéneo y que en la práctica no lo es necesariamente.

Además de poblaciones, se nos están quedando por fuera discusiones vitales que todavía no se alcanzan a dimensionar en este país y que en mi caso tienen que ver más con la experiencia de ser colombiana y de venir de 50 años de guerra y de decir; “aquí todavía no tienen ni idea de lo que significa la guerra” y no lo estamos pensando, en serio, no lo estamos pensando y el feminismo tampoco: ¿cuál es nuestra alternativa frente a todo lo que se viene? En términos de

desplazamiento forzado, en términos de destrucción del tejido social, en términos de pérdida de institucionalidad, en términos de otra reconfiguración territorial y de cómo ahí se lucha por derechos, se ejercen derechos cuando los espacios se cierran cada vez más. Entonces, es como si te lo pusiera un poco en estos términos: pasar de décadas de autoritarismo a poder decir: “ok, aquí tenemos un *boom* de pensar que hay algún nivel de democratización tal” al desengaño y decir: “no hubo tal”, pero finalmente muy en la creencia de las instituciones y muy poco pensando en los otros procesos locales, autogestivos, comunitarios, por fuera, en los márgenes, y no porque quieran estar en los márgenes, sino porque no hay más. La dimensión de problemas como el conflicto, la guerra, la violencia, los abusos, las violaciones, etcétera, que para otros países han sido súper fuertes, no los pensamos todavía como algo que está pasando.

¿Cómo articularse con otros movimientos sociales? Reto histórico del feminismo

Acerca de los temas prioritarios para las feministas, considero que un tema siempre vigente es cómo pensamos lo político como sujetas políticas de transformación social. Eso me parece que está ahí siempre. Se nos están planteando nuevos retos, en el sentido de este autoritarismo que retorna recargado y demás, pero que para muchas feministas jóvenes es una experiencia nueva. Y de pérdida de espacios cada vez mayor: 1) ¿cómo no perder lo que hemos ganado en términos de institucionalidad construida? Es decir, en términos de normatividad, de presupuesto, de espacios, de programas, de redes sociales; me parece que por allí hay una cosa muy importante; 2) ¿cómo hacer frente a este nuevo momento donde hay un recrudecimiento de la violencia que va a transformar esta realidad que conocemos? Desde mi perspectiva, el reto es cómo fortalecer el tejido social en un momento donde la apuesta es a su debilitamiento, por muchas razones, no solamente por el clientelismo, sino por la lógica de la violencia y el autoritarismo tal cual en muchas regiones del país.

Y eso implica pensar en procesos locales. Al feminismo le pasa un poco como al país en términos del centralismo. Las compañeras de los estados dicen “es que ustedes las del D.F. se creen el ombligo del mundo” y creo que es verdad, creo que hay una mirada muy centralista en cómo nos pensamos el país, en cómo construimos, cómo nos relacionamos con las otras y otros y, en ese sentido, creo que uno de los retos que se avecina es cómo fortalecer movimientos en lo local capaces de soportar la arremetida que se viene y eso implica desestructurar, o implica pensar otras formas de relacionarnos entre nosotras, entre los propios movimientos feministas, los encuentros feministas. Para lo que se viene vamos a necesitar estar fuertes en lo local.

Otro tema es el del extractivismo, todo este modelo de acumulación por desposesión me parece que es una amenaza impresionante. Todavía estamos muy ausentes de ese debate.

Necesitamos trabajar lo que tiene que ver con el corazón, con los afectos y con la espiritualidad

Por otra parte, ¿cómo mantenemos nuestra agenda, digamos más clásica, en torno a temas que son centrales?: derechos, violencia, salud sexual y reproductiva, participación política, económica y, al mismo tiempo, construimos un discurso frente a estas grandes amenazas globales que implican niveles de más articulación con otros movimientos. Yo creo que ese no es un reto reciente, sino un reto histórico para el feminismo: ¿cómo articularse con otros movimientos sociales?, ¿para qué?, ¿en qué? Y ¿cómo hacer estos procesos de negociación cuando sabes que en general, para el resto de los movimientos, la agenda de género no es importante? Pero creo que éste es un momento con una serie de particularidades debido a que es una construcción global, avasalladora, que está implicando campos territoriales muy importantes. Pienso que ahí tendríamos que estar haciendo mucha más presencia, lectura, dando pistas para eso.

Respecto a la prospectiva, creo que la metáfora sería seguir siendo como agua que permea las rocas. Creo que lo que nos toca es seguir abriendo camino en donde podamos. Estoy convencida de que necesitamos abrir espacio en la academia para que más mujeres entren, para que puedan tener acceso a espacios de decisión, de dirección, etcétera, que se rompan ciertos techos de cristal, seguir dando el debate frente al tema de las edades y los procesos vitales reproductivos, etcétera. Pienso que necesitamos estar en los movimientos cada vez con mayor fuerza, con un discurso más cualificado, con más posibilidades de tener presencia fuerte. Y pienso que necesitamos no perdernos a nosotras mismas. Quizás es algo que yo agregaría y que fui aprendiendo sobre todo con Nellys [Palomo], pero también con muchas otras mujeres sabias, que es el tema de que la cabeza sola no nos va a llevar a ningún lado y que la única manera de pararnos realmente con un lugar de fuerza, de dignidad y de estar más o menos enteras, es honrando nuestra propia historia y asumiendo que también necesitamos trabajar eso que tiene que ver con el corazón, con los afectos y con la espiritualidad. Me parece que ha habido una falsa disociación o dicotomía, lo político y lo otro, y lo que estamos encontrando es una necesidad de reencontrarnos también a nosotras desde ese lugar mucho más profundo y de transformación personal, eso es un camino que no recorres en colectivo, ese te toca solita. Creo que muchas de las grandes tensiones y retos ni siquiera están afuera, sino que están adentro, en cómo se nos desgarran el corazón en querer hacer mil

cosas al mismo tiempo, en querer ser exitosas en todo y ser buenas académicas, profesionales, mamás, parejas, no sé qué, no sé cuánto y ese es un nivel de exigencia que truena y que pues lo hemos pasado muchísimas. Entonces, ¿cómo construimos otras maneras de tejernos, de asumirnos feministas sin morir en el intento? De poder reflexionar, esto que yo decía también en el encuentro de antropólogas feministas, ¿cómo conectamos cabeza, corazón y cuerpo? Y además lo reivindicamos, lo legitimamos, le damos un lugar de dignidad. Eso me parece que es un reto enorme.

Estudia, pero nunca se te olvide de dónde vienes

Hay muchos caminos, pero todos complejos, de irnos encontrando con nuestra propia conciencia. No soy exactamente las etiquetas con las que me presenté al inicio de la entrevista, pero al mismo tiempo soy todas. Son caminos que una recorre más temprano o más tarde para reconciliarte con tu propia historia. La antropología y el feminismo me han permitido encontrarme con esa mi historia, con las ancestras, que ni siquiera se reivindicaron feministas, pero que estaban en la vida cotidiana guerreándose por abrir espacios, con mi abuela que ni siquiera terminó la primaria, pero que garantizó que todas sus hijas fueran profesionales. A mí me costó muchísimo titularme del doctorado y luego entendí qué era: como soy la primera mujer en la familia y eso implica cómo caminar sin dejar de pertenecer. Es ¿cómo sentir que ésta es mi historia y la honro y por esa historia hago lo que hago? Y la única manera de seguir construyendo, pues, es hacia adelante, y es con las hijas, los hijos. Y las hijas o los hijos son muchos, son los físicos, reales, biológicos, pero también son muchas otras cosas, proyectos que se construyen; intento hacerlo en el día a día y no siempre es de manera exitosa, con muchos quiebres, con mucho llanto, con mucha contradicción, es caminando en esa senda, honrando esa historia y diciéndole a mi hija: “esto que somos no es gratuito, esto que somos es porque otras abrieron brecha antes que nosotras y ahora lo que hacemos es abrir brecha para los que vienen después”. Creo que de eso se trata y lo va aprendiendo en la vida cotidiana. Que esté en las ceremonias de premiación de las cosas que he ganado es como decirle “sí se puede”, y sí, estas cosas que implican ausencias, no estar o estar de medio tiempo, es como decirle mira: “esto lo hago por esto y finalmente es un poco para que a ti y toda tu generación no les toque vivir las cosas que a nosotras nos tocó; les tocarán otras y abrir otras y romper, pero eso es la apuesta”. Y también me pasa un poco con las estudiantes; es como “¡vamos!, ¡vamos pa’delante! y ¿cómo compartimos?” Algo que yo valoro muchísimo en la vida, que para mí ha sido una experiencia fundamental, es encontrarme con gente supremamente generosa con el conocimiento. Eso es escaso también en la academia. Y yo creo

que eso constituye un poco parte de lo que somos y de lo que nos toca seguir haciendo: ¿cómo pasar?, ¿cómo compartir sin olvidarte de lo que eres? Eso era lo que decía mi abuela: “tú ahí estudia, pero nunca se te olvide de dónde vienes”. Entonces, por ahí va, por ahí va. Quizás me siento un poco en deuda con Colombia, tal vez. Pienso que estoy en un buen momento productivo, de cosechar cosas que se han ido sembrando, y esas apuestas están aquí, entonces sí de repente me pregunto “bueno ¿habría que volver?, ¿habría que volver a eso allá? ¿Habría que...?” Y lo que pienso es que hay que construir y sembrar donde una esté. Y pues buena parte del corazón está aquí, muchas de las compañeras indígenas en tantos lugares, en estas cosas simples, entonces por ahí pienso que van también los legados. Con la hija, físicamente, pero también cuando me puedo dar cuenta de que las compañeras han crecido un montón y ya no necesitan que haga ciertas cosas que antes hacía, que las hacen maravillosamente, que tienen otras aliadas, que van creciendo, construyendo y que entonces ya te puedes mover a otros lugares, eso me parece que es maravilloso. Es como decir: “va, de eso se trata”.

Mi generación, las cuarentonas, está en un momento muy complejo de indefiniciones, de decir: “¿cuál es el lugar y cómo entrar en ciertos espacios que están cada vez más difíciles?” Entonces tienes una generación súper cualificada sin espacios claros en la academia. Un movimiento social cada vez más crítico frente a los externos, llámense como se llamen, una institucionalidad compleja donde no siempre cabes, unas cosas desde la sociedad civil en una crisis de financiamiento por todas partes. Cada época ha tenido sus propias tensiones y sus propios retos y quizás para nosotras uno de los más importantes va por ¿cuál es ese lugar y cómo entrar a un lugar de certeza desde el cual puedas pararte y seguir produciendo? Porque hay mucha gente buenísima en condiciones de mucha fragilidad, con un sistema muy perverso también. No es lo mismo ganar una plaza ahora que hace 20 años, no es lo mismo los “tortibonos” y los puntos del SNI (Sistema Nacional de Investigadores); son niveles de exigencia que hacen muy complejo este momento y que generan otro tipo de preguntas, de búsquedas y de desgarramientos que pasan también por estos tránsitos generacionales. A veces pensamos en las feministas jóvenes, eso que yo decía, ¿y las de 20? Pero mi generación ¿qué es? y ¿por dónde? ¿Cómo encontrar nuestro mejor lugar de seguir aportando? Yo creo que eso es un reto. Pero bueno, lo vamos armando sobre la marcha, te digo, como el agua que va horadando la piedra poquito a poco.